

Presentación



Entre las satisfacciones que experimentan los que se dedican a la edición e impresión de textos (por ejemplo, conseguir un original inédito con todos los merecimientos para ser publicado, cuidar del camino que sigue hasta su aparición), quizás ninguna como la que se presenta justamente al final del proceso de producción editorial: tener en las manos y observar ejemplares del trabajo recién impreso y encuadernado, listo para ser empaquetado y puesto en circulación. En ese momento surge el placer simultáneo a la idea de “misión cumplida”. Satisfacción mayor, no cabe duda, aunque a veces no falten los mohínes y exclamaciones de enfado y desaprobación al percatarse el editor de que los duendes hicieron de las suyas. “La errata es el demonio de la escritura” ha dicho José Emilio Pacheco. Ante los errores de edición e impresión sólo queda apachugar y recuperar ánimos, particularmente en el caso de la confección de una publicación periódica. Si el trabajo fue hecho con cuidado y dedicación, las fallas, por involuntarias, no superan logros alcanzados.

Ámbito profesional de siglos, la edición de impresos comprende una serie de etapas que no sólo deben cumplirse puntualmente sino que, además, en la época moderna y con los avances tecnológicos, requieren —para que estos pasos se lleven a cabo con éxito— que sus participantes posean habilidades técnicas y conocimientos especializados (cuando menos, pues en el reino de lo deseable, también tienen un sitio principal la vocación y el entusiasmo). Si bien el trabajo propio de cada una de las etapas ha dado lugar a especialidades profesionales: corrección de estilo, diseño gráfico, formación de planas por computadora, revisión de pruebas, etcétera, obviamente relacionadas una con otra y complementarias entre sí, en la práctica y con la experiencia, los que realizan estos trabajos llegan a saber un poco o un mucho del resto del proceso. Todos comparten algo del todo; por lo mismo, las tensiones y preocupaciones, los placeres y goces, en fin, las experiencias llegan a ser parecidas o comunes. La actividad editorial es colectiva y todo en ella está encaminado, en el mejor de los casos, a poner en las manos del lector ese libro o revista con textos e imágenes que ameritan ser dados a conocer con la mayor pulcritud y calidad gráfica posibles. Nos complace sacar a la luz este número de diciembre de Universidad de México, último del volumen LII, con colaboraciones de, entre otros, tres personajes mexicanos cuya obra y trayectoria profesional los ha llevado a obtener reconocimientos como el Premio Nacional de Ciencias y Artes: el investigador universitario Gabriel Torres Villaseñor, el dramaturgo y director de escena Héctor Mendoza y el escritor José Emilio Pacheco. ◆

O. O. G.